

Biblioteca-Films

LA INGENUA

Núm. 56

25

cénta.



Año II

Núm. 56

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Calabria, 96

Teléfono 173-H

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

DAS SCHÖNE MÄDEL 1924

LA INGENUA

Historia de una joven que llega al borde
de la perdición por querer jugar con el amor

por HELLA MOJA

Exclusivas: **E. GONZÁLEZ**

Plaza Progreso, 8 — Madrid

INTERNACIONAL FILMS

Valencia, 278 — Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Declina el día. El sol, acariciando benéfico a la tierra con sus últimos y mortecinos rayos, tramonta las nevadas cuestas de los Alpes Bávaros, y la naturaleza toda, agradecida, canta un himno al Creador: es la hora de la oración, cuando la naturaleza comienza a cubrirse con el manto de misterio de la noche. La campana torrera de la pequeña iglesia del pueblo bávaro avisa a los feligreses de la parroquia con su voz argentina: es la hora del *angelus*; los campesinos, entonando alegres cánticos, vuelven al hogar, después de sus faenas agrícolas; los pastores recogen sus rebaños en los apriscos; las abejas revolotean zumbonas alrededor de sus colmenas, presurosas por recogerse antes de la puesta del sol; los alegres gorriones vuelan en manada a sus nidos; las altas copas de los cipreses del cementerio del pueblo, mecidos por un céfiro suave, parecen mu-

sitar una plegaria por los que reposan en aquel recinto santo. En aquella hora en que la madre naturaleza parece disponerse para el reposo, en el campo santo, situado en la cima de un cerro, dos personas se disponen a salir de él: el viejo Graens, que es a un mismo tiempo sacristán y sepulturero, y su hija María. Graens recoge los aperos de su tétrico oficio, la azada y la pala, se los echa al hombre y vocea a su hija que se halla recogiendo flores en el maizal de una tumba:

—María, vámónos a casa que se hace tarde.
—¡Voy, padre!

Desempeñando tan humildes como poco lucrativos oficios, el viejo Graens ve deslizarse su misérrima existencia, satisfecho, no obstante, de su condición social, ni envidioso ni envidiado, en la apacible vida lugareña, acompañado de su fiel esposa y sus tres hijos: Elena, la mayor, una joven de veinticinco años, dedicada al ejercicio de la caridad, religiosa de alma mística y dulce, que hace de su casa un convento y de los enfermos del pueblo sus clientes a quienes cuida con amor y cariño; dos caminos conoce Elena: el de la iglesia y el de las casas donde hay algún enfermo; Franz, de veintiún años, un enamorado de la música por la que siente verdadero delirio, y María, de diez y nueve años, una mariposa inquieta y juguetona cuya ingenuidad y sencillez le hace ver el mundo con envidiable indiferencia; ni el mañana la preocupa, ni el ayer la apena. Las inocentes travesuras de María, celebradas sin reservas por todo el mundo, son

especialmente el encanto de su vecino el bueno Wislicene, tan sobrado en años como faltó de experiencia y conocimiento del mundo: tales son los personajes que forman la modesta familia Graens, domiciliada en un pintoresco pueblecito de los Alpes Bávaros.

II

Celébrase en el pueblo la fiesta anual. María, desde la puerta de su casa, oía las estriencias de las chillonas y desafinadas notas de la menguada orquesta que tocaba en la sala de baile del pueblo. Aquellas notas llegaban a los oídos de María como una promesa tentadora de placer. ¡El baile!... ¡Cuánto le gustaría a ella disfrutar, tan sólo una vez, de aquella fiesta!... ¡Bailar y reir!... A esto quedaba reducida su ilusión, ajena a que hubiera cosas de más monta en la vida. ¡Cómo envidiaba ella a las jóvenes que gozaban de la libertad de asistir al baile!... ¡Quién fuera libre! Estos pensamientos pasaban por su imaginación y se entristecía, así como las nubes impelidas por el viento pasan delante del sol, interponiéndose

entre éste y la tierra, a la que dejan en una sombría penumbra.

Wislicene, el viejo y halagador amigo de María, salía en aquel momento de su casa y sonrió al ver a su ingenua amiga tan ensimismada.

—¿Qué te pasa, María?

—No oye usted la música?

—Claro, tocan en el baile.

—¡El baile!—pronunció la joven entre dos suspiros.

—No te gustaría asistir a él?

—Mucho; pero...

—Ninguna joven falta al baile en un día de fiesta mayor como es hoy...

—Pero si mi hermana Elena se enterara...

—No se lo digas. ¡Ah!... Si mis piernas me sostuvieran, yo te aseguro que no faltaría a la sala. En mis mocedades bailoteaba como una peonza.

—¡Cuánto me gustaría estar en la sala!

—No seas tonta, diviértete ahora que eres joven.

—Gracias por su consejo, señor Wislicene. Voy a dar una mirada a la sala, sólo una mirada.

Y sin más decir, María echó a correr hacia la sala de baile, después de cerciorarse de que su hermana Elena no la veía.

Sonriente, con una ingenuidad encantadora, María penetró en la sala de baile donde, al compás de un vals ramplón, removíanse las parejas yendo y volviendo con vertiginosa rapidez. En otra sala cercana a la del baile, don-

de se habían dispuesto unas mesas, descansaban algunas parejas, a las que se servía cerveza en grandes jarros. Varios de los que se sentaban en aquellas mesas se fijaron en la joven. La belleza extraordinaria de su rostro y la inocencia angelical retratada en sus ojos llaman bien pronto la atención de Paul Kunze, estudiante de medicina, quien la sigue hasta la sala de baile.

María se quedaba embobada, contemplando a los bailadores, cuando se le acercó el estudiante de medicina Paul Kunze.

—Señorita, ¿quiere usted bailar conmigo?
—¡Sí, señor; con mucho gusto!—aceptó con ingenuidad María.

Valsaron Paul Kunze y María. Terminado el vals, el estudiante ofreció a su pareja:

—¿Quiere usted que vayamos a tomar una cerveza?

—Me gusta mucho; si a usted le place...

Salieron ambos a la sala inmediata y se sentaron a una de las mesas, causando admiración entre los presentes, que conocían todos a la familia Graens, que su hermosa hija se hallase en compañía del estudiante Kunze.

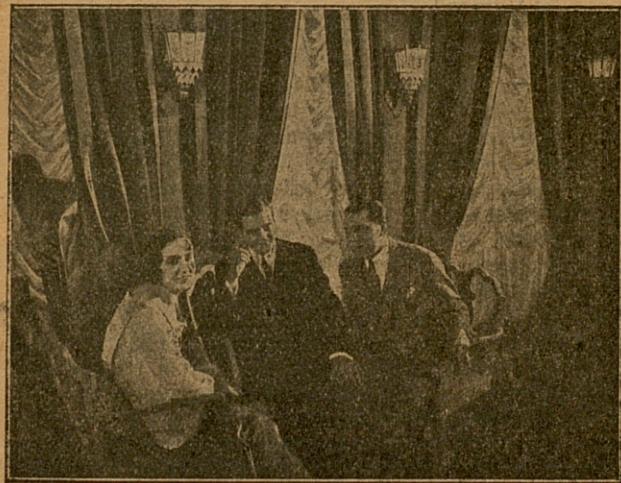
Juntos bailaron tres bailes más y volvieron a sentarse, juntos también, a una de las mesas donde se hicieron servir otra cerveza.

Celosos algunos jóvenes asistentes al baile, de la suerte de su compañero Kunze, que parecía haberse agarrado a la joven como la lapa a la peña, empezaron a murmurar:

—¿Habéis visto a Paul Kunze con María, la hija del sacristán?

—No parece sino que la tenga hipotecada.

—¡No hay derecho!... Aquí todos debemos bailar con todas.



La primera tarde que María tiene libre la dedica a cumplir su ofrecida visita al tío de su novio (pág. 20)

—Eso que sólo uno pueda bailar toda la tarde con la chica más guapa...

—Y que nunca viene al baile.

—Hay que armarle una tremolina.

—No, lo mejor es que todos nosotros, uno tras otro, la invite a bailar.

—¿Y si ella se niega?

—Si se niega hay que impedir que lo haga con Kunze.

—Están sentados tomando una cerveza.

—¡ Vamos allá !

—¡ Vamos !

Un grupo bastante crecido de jóvenes fué hacia donde estaban María y el estudiante. Uno de ellos se destaca del grupo y, acercándose a la joven, la invita, adulador:

—Hermosa María, ¿ quiere usted bailar conmigo el próximo baile ?

—No puedo, tengo ya compromiso.

—¿ Para toda la tarde ?

María, sin contestar, dirigió una mirada, que parecía un interrogante, a su compañero; y éste se apresuró a contestar:

—Sí, sí; para toda la tarde.

El joven que se había acercado a María para invitarla a bailar, volvióse hacia sus compañeros y díjoles en tono de guasa:

—Tiene compromiso.

Otro de los del grupo, se acercó a María y repitió la invitación, y después otro y otro, hasta que molestado Kunze, púsose en pie colérico:

—¡ Sois unos... !

Y aquí puso un nombre que no es para escrito.

Originóse con esto una agria discusión sobre el derecho que tenían todos los asistentes de bailar con todas las jóvenes; de la discusión pasaron a la disputa que caldeó los ánimos y degeneró poco después en riña, primero de palabras e insultos, luego de hechos, convirtiéndose

dose en una verdadera lucha, siendo tanta la «leña» que se repartió y los mojicones que se distribuyeron, que nadie se pudo quejar de haberse quedado sin su buena ración de catches. Al ruido y gritos de los combatientes, todos los asistentes acudieron al lugar de la refriega y sin darse cuenta todos quedaban envueltos en la lucha. Como Dios les da a entender, salen de la refriega María y Paul y huyen fuera de la sala, dirigiéndose a un barranco próximo, donde corre un manso arroyuelo.

—Paul, te han herido.

—Creo que no será nada.

—Tienes sangre en la frente.

—Es un arañazo nada más.

—Y en el cuello también.

—Ahora me pondré un poco de agua.

—Espera, yo te lavaré las heridas.

—Si tuviésemos un trapo...

—Ya lo arreglaré yo... Tú mira hacia allá...

Y María cogiéndole por la cabeza le hacía volver la mirada hacia el lado contrario donde ella estaba. Entonces ella se agachó, vuelta de espalda a Paul y, levantando su falda, arrancó un trozo de su enagua, mientras decía:

—No vale mirar.

Paul Kunze no pudo resistir a la tentación de mirar y preguntó:

—¿ Qué haces, María ?

—¡ Ya está !—contestó ella incorporándose y mostrándole el trozo de tela—. Ahora te voy a lavar tus heridas... Agáchate... Ven

aquí... Ponte sobre esta piedra... Inclínate... Así...

—Con el contacto de tu linda mano, las heridas se cicatizarán solas.

—¿Quieres decir?... Ese milagro sólo lo hacía santa Isabel de Hungría.

—Y tú, María... ¿Ves?... Ya no me hacen daño.

—Calla y déjate curar.

Como al llegar Elena a su casa notara los vestidos de su hermana dejados en desorden en el cuarto de aquélla, sospechó que María, dado su temperamento irreflexivo, ha podido marcharse al baile, y vase, ella también, para buscar a su hermana. Llega a la sala en el momento de la refriega y, desde la puerta, nota como su hermana y Paul Kunze huyen hacia el torrente. Ella los sigue de lejos y observa como su hermana lava la cara al estudiante: se acerca a ellos cuando María decía a Kunze:

—Calla y déjate curar.

—¿Qué es esto, María?

—¿Esto?—y María señalaba el trozo de tela que tenía en la mano.

—No, no; tu proceder. Ya he visto el escándalo que por tu causa se ha armado en la sala de baile. Ahora mismo te vienes a casa conmigo.

—Señorita Elena, no sea usted cruel...

—Quiero que deje usted tranquila a María.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que mi hermana no pinta nada con us-

ted y que hará usted muy bien en no pensar más en ella.

María, después de dar una miradita a su galán, como para animarle a proseguir en su empeño de poseerla, siguió a su hermana Elena hasta su casa, y durante el camino ésta la fué amonestándola, haciéndole reflexiones morales que María oía como quien oye llover, pues su espíritu estaba junto a su amado Kunze.

Al día siguiente, al despuntar la aurora, Paul Kunze rondaba ya la casa de su amada María, en espera de hallar ocasión de hablar con ella. El viejo Graens salió, dirigiéndose a la parroquia de la que era sacristán; y cuando, momentos después, la campana anunciaría la hora de los divinos oficios, salió Elena, cubriendo la cabeza con una toga, como una religiosa, y fué hacia la iglesia. María, que había estado pensando, durante una buena parte de la noche, en el rato delicioso que pasara con el simpático estudiante, parecía que le faltaba aire a su pecho y abrió la ventana. ¡Oh!...

Abajo se paseaba Paul. Arreglóse apresuradamente y bajó.

—¡ Buenos días, María !

—¡ Buenos días, Paul !

—¿ Querrás venir el domingo próximo por la tarde a dar un paseo por la montaña ?... Tomaremos el ferrocarril de cremallera.

—No sé si mi madre me dejará ; porque mi padre está muy delicado... Procuraré no decir nada a mi hermana que, como es tan devota, no quiere que yo me divierta.

—Yo te vendré a buscar el domingo después de comer.

Llegó el domingo. Elena y su madre, después de comer, se sentaron en el alféizar de la ventana. La primera leía la vida de los santos, mientras la anciana señora Graens, con los brazos cruzados, seguía con religiosa atención la piadosa lectura. Después de leer un buen rato, Elena cerró el libro.

—Madre, creo que ha hecho usted mal en dejar salir de paseo a **María**.

—Me dijo que iba con sus amigas...

—No tiene usted que hacer caso de lo que ella le diga. El otro día, el segundo de la fiesta mayor, se fué al baile.

—¡ Oh !... ¡ Qué horror !

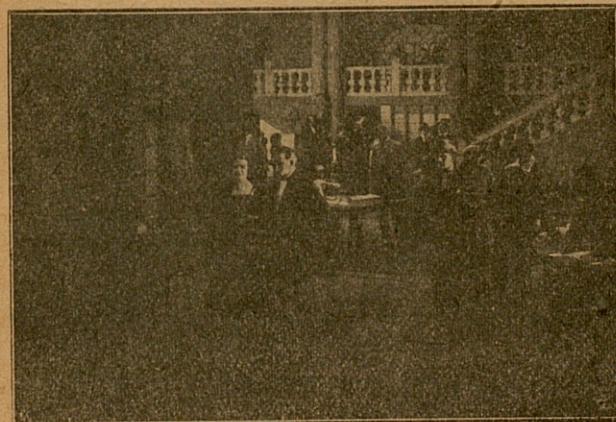
—Y ahora no sabe usted donde ha ido... Además, hoy padre no se encuentra nada bien... ¿Qué ha dicho el médico ?

—Que estas enfermedades del corazón son muy traidoras y que el día menos pensado tu padre nos puede dar un disgusto.

—¿ Duerme ahora ?

—Sí, ahora descansa.

María, en efecto, había engañado a su madre diciéndole que iba de paseo con sus amigas para conseguir el permiso de salir aquella tarde dominguera. En las afueras de la po-



—*Feliz, dice V. P. (pág. 20)*

blación, y en un lugar convenido, la esperaba Paul Kunze. Juntos fueron al pueblo inmediato donde tomaron el ferrocarril de cremallera que hace la ascensión hasta las cimas de los Alpes Bávaros. María estaba contentísima al lado de un joven tan amable, tan cortés e instruido. Llegados a la cúspide de los Alpes, pasaron juntos, y tan entusiasmados iban que

no se apercibieron que muy cerca por donde ellos caminaban en amante coloquio, estaba sentado el señor Wessely, tío de Paul Kunze, absorto en la contemplación del bello panorama que, desde aquellas alturas, se divisa.

Wessely, como buen pintor, se goza en admirar los bellos paisajes de la Naturaleza; por eso aprovecha las tardes de todos los domingos y días festivos para salir al campo o ascender hasta los más altos riscos sublimándose en la contemplación de la obra del Creador.

Cerca de donde estaba sentado el pintor, había una hornacina de madera donde los campesinos colocan imágenes de santos; pero sin ninguna estatua. Mientras Kunze explicaba a María delante de la hornacina para qué servía aquello, notó Wessely la presencia de ambos jóvenes y se extrañó mucho de ver a su sobrino Paul en tan agradable compañía.

Era el señor Wessely un joven alto, de bello rostro, rizada cabellera y sumamente simpático.

Al ver a su sobrino se incorporó y fué hacia él.

—Paul, ¿tú por aquí?... ¡Qué bien acompañado vas!

—La señorita María Graens... Mi señor tío, el pintor Wessely.

—Tengo una verdadera satisfacción en conocer a usted.

—Beso a usted los pies, señorita.

—Paul me estaba explicando que aquí falta una imagen.

—Mire, póngase usted aquí... Así... Está

usted muy bien. Es un motivo precioso para un cuadro que quizás llegue a pintar.

Y diciendo esto, Wessely cogía por el brazo a María y la ponía bajo la hornacina.

—De manera que usted pinta cuadros—observó María.

—Sí, señorita, y me consideraré muy honrado si usted se digna visitar mi estudio para realizar la obra que usted me ha inspirado cuando reemplazaba a la estatua que ahí falta.

—Tendré sumo placer en visitarle, señor Wessely.

Paul Kunze, a quien desagradaba bastante la promesa que la joven hacía a su tío, quiso abreviar el coloquio de María con el pintor, maldiciendo interiormente su mala estrella de haberle hallado en su camino.

Comprendía Kunze que su tío tenía más medios para enamorar a María: era joven, hermoso y hábil artista, cualidades que halagan a las mujeres jóvenes. Por otra parte, la ingenuidad de María, rayana en la inocencia, la hacían tan difícil a cualquier impresión, que era fácil ganar su voluntad. Así lo pensó Paul y sentía haber hecho aquel encuentro con su tío a quien conocía como a donjuanesco a quien ninguna mujer se le resistía.

—Bueno, tío, nosotros vamos a proseguir nuestro paseo.

—Os acompañó.

Un golpe de maza en la nuca no le hubiese producido peor efecto a Paul Kunze, sobre todo cuando oyó que María, con muestras de mucho contento, replicaba:

—Sí, sí, venga usted con nosotros.

Desde aquel momento germinaron en el alma del estudiante, más que ideas de celos, una envidia a su tío que con tanta facilidad parecía atraer hacia sí a aquella joven que hasta entonces había creído suya y que ya veía perdida.

Wessely, que conocía el corazón humano, comprendió el mal papel que hacía hacer a su sobrino y después de acompañar a los jóvenes durante un rato, se despidió de ellos. Bien sabía él que con esto complacía a su sobrino y se hacía más deseable a la hermosa hija del sacristán.

—Quedamos, señorita, en que usted me visitará en mi estudio, antes de que yo vuelva a Munich.

—No faltaré, señor Wessely.

—¡Adiós, Paul!

Mientras los dos jóvenes gozaban, en amantes coloquios, de una tarde hermosísima, en la humilde morada de los Graens anda la casa revuelta. El viejo sacristán ha vuelto a tener otro ataque cardíaco. El médico, llamado con urgencia, ha dado malas impresiones. Otro ataque sería la muerte. La esposa está desolada; Elena la reconforta con palabras que fragua en sus ideas religiosas, palabras de conformidad a la voluntad de Dios. Y dispone la administración al enfermo de los últimos sacramentos. El señor Graens, que conserva su lucidez, pide con insistencia ver a María, y este deseo, al que no pueden dar cumplimiento

por hallarse ausente la hija, agudiza aún más el dolor de la esposa.

—¡Dios mío! —decía le señora Graens—. ¡Haz que regrese pronto María!... ¡Que mi esposo no muera sin verla!

El viejo sacristán, con voz apagada, murmuraba acongojado:

—¿No viene María?... ¿Por qué no viene María?... ¡Quiero ver a María!

Y el angel invisible del Apocalipsis, con su siniestra guadaña, acechaba el segundo fatal para cortar el hilo de la existencia de aquella vida que se iba apagando por momentos.

Al caer de la tarde, Paul Kunze y María Graens tomaron el cremallera para volver al pueblo. Pero antes de llegar a la estación inferior del valle, se desencadenó una terrible tempestad. El regreso al pueblo es amenizado con imponentes descargas atmosféricas que, cual mensajeras siniestras de la tragedia que se estaba desarrollando en su hogar, inundaban de terror el alma de María. La lluvia empezaba a caer a torrentes y como el pueblo estaba a media legua del lugar en que se hallaban y cerraba ya la noche, no podían proseguir su camino. Guareciéronse en un refugio abandonado que sirve a los pastores para guardar sus rebaños de las inclemencias del tiempo durante el invierno y María cayó desmayada en brazos de Paul Kunze.

IV

Muerto el anciano Graens, fué cubierta su plaza y la familia ha tenido que trasladarse a la ciudad, donde, con menos ingresos y más exigencias, los escasos recursos se han visto pronto agotados. Para hacer frente a la situación, se impone que Franz, el hermano de María, se agencie una colocación.

A María, cuyas relaciones con Paul Kunze han tomado el carácter de noviazgo oficial, ya le ha encontrado su hermana Elena una plaza como criada de servicio en una honrada familia. Pero el viejo señor Wislicene, velando por su ingenua y cariñosa amiguita María, le había buscado también un destino, más digno que el de criada, en el taller de fotografía del señor Balduin, el fotógrafo de más nombre de la ciudad, que era un antiguo amigo del señor Wislicene. Allí pudo María empezar a trabajar enseguida y contribuyó a subvenir a los gastos familiares.

Franz también pudo colocarse en casa del señor Rubiner, importante hombre de negocios.



«¿Qué te pasa María?... Tu sufres (pág. 22).

V

El pintor Wessely está ya en Munich instalado en su estudio, después de dos meses de veraneo en un pueblecito de los Alpes Bávaros.

La primera tarde que María tiene libre la dedica a cumplir su ofrecida visita al tío de su novio, en cuya casa tiene ocasión de conocer al discípulo predilecto de Wessely, señor marqués Arnolfo De Riemer, quien queda tan gratamente impresionado de la hermosura de María que, desde aquel momento, no piensa más que en ella hasta el punto de que el marqués se hace el contradicido con ella en casa del fotógrafo Balduin, donde trabaja María y allí le ofrece su amor, su fortuna y su nombre.

—¡Qué feliz casualidad, señorita—le dice De Riemer cuando la halla en la fotografía.

—¿Feliz, dice usted?

—Para mí, sí, porque no se puede usted figurar cuánto deseaba hablarle desde que la conocí en casa de mi maestro Wessely.

—Pues ya me tiene usted aquí.

—María, lo que le voy a decir a usted no

quiero que lo tome como un simple halago o adulación, no; sale de lo más profundo de mi alma, y deseo que usted lo encierre en la suya y lo medite.

—Ya le oigo.

—María, yo la amo a usted.

—¡Oh!... Estoy ya prometida.

—No importa; quiero que lo sepa. No tengo que ponderarle mis riquezas...

—¿Viene usted a ofrecerme una venta?

—No; todas ellas las pongo a sus pies como tributo de mi admiración y de mi cariño.

—¡Señor marqués!...

—Todas son suyas si acepta mi nombre.

—Esto es para meditado. Yo le gusto a usted; pero falta...

—Que yo le sea simpático ¿verdad?... Sentiría que no fuese así porque destruiría mi felicidad.

—Lo pensaré despacio, señor De Riemer.

Desde aquella declaración, las relaciones de María con Paul Kunze se desarrollan con cierta frialdad, nacida, en parte, del carácter un tanto rústico del estudiante y, sobre todo, de la llamada que el marqués De Riemer había hecho tan habilidosamente a su corazón. Y esto da lugar a que en el de María se haya entablado una lucha silenciosa y tenaz en la que, sin darse ella cuenta, va paulatinamente tomando ventaja el marqués De Riemer.

Una noche Elena sorprende a su hermana en un deplorable estado de abatimiento y la-
xitud.

—¿Qué te pasa, María, tú sufres?
 —Déjame, Elena, gozo estando sola.
 —Tú siempre estás alegre, retozona y des-
 preocupada y hace unos días que noto estás



En aquel nuevo ambiente de bienestar y grandezas... (pág. 24)

triste, pensativa y gustaς de la soledad... ¿Qué te pasa?

—¡ Nada, nada !

Un pensamiento cruzó la mente de Elena, quien acercándose a su hermana y abrazándola con cariño le preguntó al oído, en voz

muy queda, como si ella misma se avergonzase de aquel pensamiento:

—María, dime la verdad: quizás tu novio... ¿has sido víctima de alguna vileza de Paul?

—No, no—contestó con energía María—, Paul ha obrado siempre conmigo como un perfecto y correcto caballero.

A pesar de las protestas de su hermana, Elena duda aún y comete la ligereza imperdonable de ir a ver a Paul a quien hace las mismas manifestaciones de dudar de su honradez en sus tratos con su hermana. Paul, ante las manifestaciones de Elena y, dado el respeto con que siempre había tratado a María, entra en sospechas sobre la fidelidad de ésta. Dominado por la duda Kunze se dirige a casa de su tío, el pintor Wessely, donde el pensamiento le decía que debía encontrar a su novia, y efectivamente, así fué. Servíale de modelo para el cuadro ideado en la montaña. Creyendo confirmadas sus sospechas, Paul Kunze da por terminadas sus relaciones con María, la cual, libre ya del compromiso que tanto la preocupaba, acepta las del marqués De Riemer, quien la lleva a su propia casa para reeducarla en forma que pueda luego, cuando sea su esposa, alternar con la alta sociedad a que él pertenece.

VI

En aquel nuevo ambiente de bienestar y grandezas, María, segura del cariño de De Riemer, se cree completamente feliz. Pero ¡oh dolor!... ¡Cuán transitoria es la felicidad que se basa en las cosas materiales!

Un día que la Sociedad de Artistas daba un baile en su Círculo y al que María tuvo vivo deseo de asistir, se presentó la primera nube en el cielo de su dicha.

—Arnolfo—le dice María—, supongo que mañana asistiremos al baile del Círculo Artístico.

—No, mañana me es imposible.

—Pero dejarás que yo vaya.

—No asistiendo yo, no creo ponderarte la necesidad de que tú no vayas.

—Me he hecho confeccionar un disfraz para ese baile.

—No quiero que insistas... ¡No iremos!

María no contestó, pero en su fuero interno la determinación era irrevocable: ella asistiría al baile, a pesar de la prohibición de su novio oficial.

Arnolfo De Riemer no tenía ningún motivo

para prohibir que su futura fuese al baile; pero quiso probar su virtud. Aquel día Arnolfo pretextó tener que ausentarse y se apostó a la hora del baile en un punto cercano al Círculo en que podía ver sin ser visto. Y espió.

No la vió entrar; mas sí salir del Círculo en compañía de su hermano Franz. De Riemer los sigue de cerca hasta verlos entrar en casa del señor Rubiner, dueño del establecimiento comercial donde trabajaba Franz.

¿Qué objeto tenía esta visita en horas tan intempestivas?

Ya hemos dicho que Franz, hermano de María, sentía por la música una verdadera pasión y era un virtuoso tocando el violín. El joven tuvo conocimiento de que un anticuario poseía un magnífico violín que anunciable como auténtico «Stradivarius», y para hacerse con él tuvo la debilidad de robar a su amo, Rubiner, unas valiosas y raras miniaturas con las que obtuvo del anticuario, a cambio de ellas, el codiciado instrumento. Pero, descubierto el robo por el señor Rubiner, y acusado Franz como autor del mismo, se amenazó al joven con denunciarlo a la policía si, en el término de pocas horas, no aparecían las miniaturas.

Franz fué aquella noche con el «Stradivarius» a casa del anticuario.

—Venía para que usted me devolviese las miniaturas que le entregué; aquí le devuelvo el violín.

—Se cree, joven, que trata usted con un

gitano? Váyase de aquí si no quiere que le arroje de mi casa en otra forma.

Franz insistió inútilmente en su petición. El viejo anticuario echóle de su casa con cajas destempladas. Sin saber qué hacer, Franz acudió a su hermana María; pero la camarera le dijo que estaba en el Círculo Artístico y allí fué. Cuando la halló le dijo:

—María, vete a casa del señor Rubinér, si no quieres verme en la cárcel.

—¿Qué pasa?

En pocas palabras Franz explicó el asunto y rogó a su hermana que fuese ella a hablar a su principal para que obtuviera su perdón. Y los dos salieron del Círculo, siendo vistos y seguidos por el novio de María.

De Riemer vió como María entraba en casa de Rubinér a una hora muy intempestiva y dudó de ella.

.....
—Me va a dispensar, señor Rubinér, de que venga a molestar a usted a estas horas.

—Me encuentra usted levantado por una cualidad... Tengo tanto trabajo... Usted dirá, señorita.

—Soy la hermana de Franz.

—Sí, lo sé.

—Venía a impetrar clemencia por él.

Rubiner, atraído por la gracia de María, se le acercó sonriente y contestó:

—No podía su hermano escoger mejor medianera para obtener el perdón.

—Usted sabe que es aficionado a la música. Vió anunciada la venta de un «Stradivarius»



—¿Se cree, joven que trata V. con un gitano? (pág. 25)

y no halló otra solución que apoderarse de las miniaturas y canjearlas por el violín que deseaba.

—Convenga usted conmigo, señorita, que era una solución muy poco moral.

—¡Perdónele, señor Rubinér, yo procuraré pagarle las miniaturas!...

—Con su amistad me consideraré suficientemente pagado.

Salió María de casa del señor Rubinér y dirigióse a la suya, es decir, a la de De Riemer, donde tenía su residencia. Cuando llegó a ella se encontró con una carta del marqués que decía así:

María: Tus ligerezas me obligan a manifestarte que todo ha terminado entre nosotros. Esta noche he seguido tus pasos y veo que no eres digna de

Arnolfo.

Este golpe, el más rudo que al delicado corazón de María, más ligera que perversa, se hubiera podido inferir, le abrió en el alma una herida mortal.

VII

Abandonada por De Riemer, el poco escrupuloso señor Rubinér quiso pescar en el río revuelto de la desgracia que tan hondamente afecta a la linda muchacha, pues conocedor de su ruptura con el marqués y, so pretexto de facilitarle alguna distracción que la haga olvidar de su sueños de felicidad, la invita al té en un elegante restaurant de moda. Invitación que ella acepta.

El proceder de Rubinér es, al principio, de una exquisita delicadeza y corrección; pero no tardan en asomar a sus labios veladas insinuaciones dirigidas con intenciones poco honestas, como queriendo hacer un reconocimiento del terreno que tiene que recorrer en aquella aventura galante.

La esposa de Rubinér sorprende a éste en dulce coloquio con la hermana de su dependiente, y le pone en ridículo delante de María.

—Señorita—dice la esposa de Rubinér a la joven—, quizás este caballero le hizo creer a usted que era soltero, y debo decirle que le ha engañado. Yo soy su esposa.

Corrida y avergonzada fuése María del restaurant. Nuevamente abandonada a su infortunio la infeliz María ve que la realidad, con elocuencia terriblemente abrumadora, ha rasgado el velo de la ilusión que tuvo siempre

ante sus ojos; y acobardada, sin fuerzas para soportar la penosa carga de la vida, decide desprenderse de ella, como un mal menor. Fuese al río y en él se arrojó, buscando en el abismo su lecho de muerte.

María fué conducida en estado agónico a un convento próximo, donde las buenas religiosas le prodigaban toda clase de cuidados.

Avisada su hermana Elena, acudió presurosa al convento donde habían hospitalizado a María.

—¡ Hermana mía !... ¡ Pobre María !...

—¡ Soy muy desgraciada, Elena !

—Porque te has apartado de Dios y confiado demasiado en los hombres.

—Ahora ya soy más feliz.

—Porque estás más lejos de los hombres y más cerca de Dios.

—Sin embargo, amo a De Riemer, a quien debes avisar porque quiero hablarle.

Los solícitos desvelos de las religiosas y los tiernos besos de su hermana Elena la volvieron a la vida y, pocos días después, María volvía a su casa. Quiso ver a De Riemer y la entrevista fué por demás emocionante y cariñosa. María, con mucha ingenuidad, le explicó como nunca había sentido más amor que para él y le probó su inocencia. De Riemer la creyó y, seguro de su fidelidad y cariño, sus brazos se abrieron para estrecharla entre ellos y hacerla sentir las palpitaciones violentas de su corazón, más enamorado y feliz que nunca.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

2	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford	30c
3	Lorna Doone	Charles Chaplin	25c
9	Sherlock Holmes	Dorothy Philips	25c
11	El Signo del Zorro 2.ª edición.	Douglas Fairbanks	25c
13	Luisa Miller.	Ramón Navarro.	25c
18	Nathan el sabio	Sandra y Herrmann.	25c
19	La Huerfanita 2.ª edición.	Dorothy Gish.	25c
20	Clarita May.	Bessie Love.	25c
23	El alma de Oscar.	Cullen Landis.	25c
24	El Botones n.º 13.	Douglas MacLean	25c
26	Mandrín, caudillo de leyenda.	Romuald Joubé	25c
27	El velo de la dicha	Claire Windsor	25c
28	Nellie, la bella modelo.	Mae Murray	25c
30	Como aman los hombres	Bárbara La Marr	25c
31	El Ladrón de Bagdad (2.ª edición)	Lya Mara	25c
32	La Reina de la Moda	Jacqueline Blanc	25c
33	Montmartre	Pola Negri	25c
34	El Caballero de la Pesadilla	Ivan Mosjoukine	25c
36	El regreso de Cyclone Smith	Eddie Polo	25c
37	Dorothy Vernon (2.ª edición).	Mary Pickford	25c
83	La Ley de la Hospitalidad	Buster K. (Pampinas)	25c
93	¡Viva el Rey!	J. Coogan (Chiquiltn)	25c
41	Locuras de juventud	Mia May	25c
42	Historia de un dólar	Tom Moore	25c
44	¡Velarás por tu hijo!	Andre Rolane	25c
45	El botín de los piratas	Perla Blanca	25c
46	Amor que vence al amor	Betty Compson	25c
47	Los tres mosqueteros	Douglas Fairbanks	25c
48	Tony.	Shirley Mason	25c
50	El Camino del amor.	Rodofo Valentino	25c
51	Vida de los artistas de cine	Wallace Reid †	25c
52	Oriente	Jacobini	25c
53	El islote de las perlas	Jean Tolley	25c
54	El pez dorado.	Constance Talmadge	25c
55	La gitana blanca.	Raquel Meller	25c

NOTA.—Los números que no figuran están agotados.

SELECCION DE LOS MAS GRANDES FILMS

1	Rosita.		I p.
4	La voz de la mujer.	Douglas Fairbanks.	50c
12	¿Dónde estás, hijo mío?	Reinwald y Fjord	50«
21	La brecha del infierno	Camille Vernades	50«
25	Mesalina	Rina de Ligouro	50«
29	Los Nibelungos (Sigfrido)	Pablo Richter	50«
35	Koenigsmark	Jacques Catelein	50«
40	En las ruinas de Reims	Corinne Griffith	50«
43	La mujer que supo resistir	Ben Lyon	50«
49	Los dos pilletes	Jean Forest y Leslie Shaw	50«

FILMS DE AMOR

1	El templo de Venus	Mary Philbin	50«
---	--------------------	--------------	-----

Próximo número, día 7 de abril:

La preciosa novela

El Nueva York de antaño

en la que se narran las añagazas de que se vale la protagonista para lograr una herencia

Por la nueva estrella **Marion Davies** - Postal de ésta artista

En prensa: **La Venganza de Crimilda** 2.^a parte de LOS NIBELUNGOS

Intriga — Emoción — Arte

Pronto segundo número de **FILMS DE AMOR**

Los últimos grandes éxitos de la temporada los ha publicado

BIBLIOTECA FILMS

Koenigsmark

**Hugette Duflos y
Jacques Catelain**

La mujer que supo resistir

**Bárbara La Marr
y Conway Tearle**

Los Dos Pilletes

**Ivette Guilbert y
Gabriel Signoret**

El Templo de Venus

Mary Philbin

VERDADEROS FILMS DE AMOR

**50 céntimos
Cubiertas a varias tintas**